LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XI —

ANTONIO DE VALMALA. (pseudónimo). *Ripios Colombianos.* (Primera hornada, verso). Librería Nueva de Jorge Roa. Bogotá, calle 12, número 171. 1906. VII-190 páginas. 12 x 18.

La crítica corrosiva, personalista, a menudo malintencionada y envidiosa, de la cual fue en España representante don Antonio de Valbuena, hizo en América estragos, no en el sentido de que hubiese contribuído a quitar o aminorar la buena fama literaria de ningún autor, de los de verdadera valía, sino porque suscitó una serie de imitadores que, con más audacia que talento, pretendieron llevar a término en el Nuevo Mundo lo que en la Península había realizado, con el pánico de unos, el desprecio de otros y los aplausos del vulgo, el autor de los *Ripios Académicos*, *Ripios Ultrarinos* y otros de la laya que hicieron popular el nombre de Valbuena y el pseudónimo de Miguel de Escalada.

Es verdad que su labor crítica fue, en cierto sentido, benéfica para las letras, porque, al hacer el papel de policía sanitaria de la literatura, impidió que no pocos audaces, sin estudios ni talento, sentasen profesión de escritores. Pero estuvo muy lejos de ostentar las excelencias de Larra, de Ganivet o de *Clarín*, quienes, no obstante la acritud de sus censuras, en muchos de sus juicios literarios, se guardaron muy bien de incurrir en la chabacanería del estilo y menos en ataques de orden meramente personal, en los que a menudo caen Valbuena y sus imitadores.

Por otra parte, si la crítica valbuenesca es buena, y en ocasiones necesaria, para anular mediocridades, a quienes cúmpleles mejor el manejo del azadón que el de la pluma, ello es que resulta contraproducente y ridícula cuando toma como blanco de sus tiros las obras consagradas de escritores y poetas verdaderamente dignos de tales nombres, como lo hicieron en más de una ocasión el Valbuena español y en la totalidad de su infortunado ensayo, el Valbuena colombiano.

Porque no hay obra alguna del ingenio humano, por acabada que se le suponga, exenta de lunares y graves imperfecciones, como lo demostró Antonio Zozaya, aplicando crítica valbuenesca a las más celebradas producciones de la literatura universal, en su libro *Ripios Clásicos*, (Madrid,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

1899), en donde recordó los gazapos de la *Odisea* y la *Ilíada*, del teatro clásico español, de los líricos, épicos y elegíacos más remirados, sin escapar Dante, Schiller ni Byron, entre otros, a la dura prueba. Por lo que pudo muy bien darse por satisfecho, al concluír su trabajo aleccionador, de haber logrado mostrar "sin máscara a esa crítica frívola con su ciencia de revista hebdomadaria y de gacetilla al uso, su método incompleto y parcial, sus miras demoledoras, su carencia absoluta de punto de partida y de ideales nobles. Antes de que ella misma, siguiendo su labor odiosa, deslumbrando a las gentes con pedazos de vidrio, acabara con algo que aún conservan los hombres en medio de la tremenda crisis que aflige a las modernas sociedades: el sentimiento de la belleza...". (Págs. 198-199). Que a eso redujo Valbuena todo su sistema crítico, y al dicterio personal, a lo largo de los cinco o seis volúmenes de sus *Ripios*, con el agravante de la farisaica Protesta, con la que finalizaba cada uno de sus libros, según la cual, decía, "si alguna cosa apareciere en este libro contraria a la fe católica o a las buenas costumbres, téngase por no escrita...".

¿Pero, quién fue este Antonio de Valmala, autor del hoy rarísimo libro de los *Ripios Colombianos?* No hemos podido saberlo a ciencia cierta, a pesar de diligentes averiguaciones hechas a literatos coetáneos de ese escritor. Y no recordamos haber leído referencia alguna sobre el particular. En el libro *Seudónimos Colombianos*, de Rubén Pérez Ortiz (Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1961), vemos que ese pseudónimo corresponde al nombre de Mariano Rodríguez. Con lo cual no hemos avanzado gran cosa en la investigación. Porque, ¿quién fue el Mariano Rodríguez, dueño de aquel pseudónimo? En todo caso, no fue un literato de renombre, ni siquiera de cierto viso, en el panorama de las letras nacionales de principios del siglo. En el copioso *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Colombia*, por Joaquín Ospina, puede verse una referencia del único personaje de tal nombre que figura en él, según la cual sabemos que nació en Pasto, en 1877. Estudió Derecho en la Universidad del Cauca. Fue periodista ocasional, y desempeñó cargos administrativos y judiciales, llegando a Magistrado del Tribunal de Pasto, cargo que servía a su muerte, en 1919. (Tomo III. Pág. 516). Pero indudablemente no fue, de ninguna manera, el autor de *Ripios Colombianos.*

En el *Prefacio de los Editores*, suscrito en Teusaquillo, en 1906, debido sin duda a la pluma de Jorge Roa, se hace de Antonio de Valmala esta semblanza: "...ciudadano a carta cabal: hombre de sociedad, buen padre, amante esposo, justo y humanitario con sus dependientes, amado de su familia y numerosos amigos, gran patriota y católico a macha martillo, y lo que hace al caso abroquelado con vasta ilustración, preclaro talento y humor festivo...". Lo cual dice mucho, y no dice nada, porque lo mismo podía aplicarse a Miguel Antonio Caro que a José Joaquín Casas, o a otro cualquiera de los literatos colombianos de entonces, en quienes concurriesen tales circunstancias.

Por la tendencia filosófico-literaria de este libro, por su lenguaje y estilo, creemos que detrás del pseudónimo de Antonio de Valmala se ocultaba el nombre de Luis María Mora, —(1869-1936)— doctor en Filosofía y letras del Colegio de Nuestra Señora del Rosario y profesor de humanidades en esos claustros, escritor de corte clásico, de fino humor, con

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

inclinación a la ironía y aun al sarcasmo, y enemigo declarado del modernismo literario, al que combatió en los *Ripios* con idénticos argumentos a los que más tarde utilizaría, con el mismo fin, en el ensayo *De la decadencia y el simbolismo*, y en otros escritos suyos, que aparecieron luego en el libro *Los maestros de principios del siglo*, que la Editorial ABC de Bogotá imprimió en 1938, ya con el propio nombre del autor.

En un "Prólogo hecho", que tituló *Cascajo*, el autor da cuenta de los motivos que lo indujeron a escribir sus *Ripios Colombianos*, a propósito de cierta carta literaria "de un tal Isaías Gamboa, literato de la *claque*...", dirigida "en son de reproche a otro tal Manuel B. Ugarte en París...". (Pág. 1), en la que el poeta colombiano ponderábale al crítico argentino, entonces residente en Francia, el resurgimiento de la poesía en nuestro país.

De ello toma pie para poner como ropa de pascuas a los poetas Guillermo Valencia, Maximiliano Grillo, Carlos Arturo Torres, Víctor M. Londoño, Isaías Gamboa y Julio Flórez. No sin anunciar hacer lo propio, en la "segunda hornada", con Federico Rivas Frade, Alirio Dz. Guerra, Augusto N. Samper, Antonio Gómez Restrepo, Alejandro Vega, Mejía, Henao, Talero "y otros *ejusdem furfuris* hasta que los meta en el horno de cocer para depurarlos de todos sus ripios y cascotes...". (Pág. 6). Por cierto que no escapan a los varapalos del dómine, otros poetas y escritores colombianos de esa época, como José Asunción Silva, "cuya asimilación íntima era la poesía más prosáica que conozco, y cuya fama póstuma le negarán con justicia la generación presente y las venideras..." (p. 2); como José Rivas Groot, de quien dice que "también ha espigado alguna que otra vez en el campo de la poesía, y por este motivo y por tener a su cargo el grandísimo pecado literario de coleccionar *La Lira Nueva*, figurará como mollete en el lugar que le corresponda..." (Ibidem); como Sanín Cano, en fin, a quien "le dejaremos para la segunda hornada porque no es corriente hacer masa de dos sustancias heterogéneas...".

No transige Valmala con aspecto alguno de la poesía modernista colombiana de principios del siglo actual. La condena a bulto cerrado, como cosa nefanda y disparatada. A su juicio, la edad de oro de la literatura nacional fue la de los neoclásicos y románticos del siglo XIX. Sus predilecciones son la expresión de su ideología estética. A Guillemro Valencia le pide que "recuerde, por caridad, al diestro imitador de Quintana, José J. Ortiz, a los Caro, padre e hijo, fervorosos amantes de la belleza, al impetuoso y delicado Julio Arboleda, al realista y al mismo tiempo archiplatónico *Antioco*, y a los Pérez, y Samper, y Vergara, y Caicedo, y otros mil, honra de la literatura colombiana y de la lengua española que ennoblecieron con sus atildados escritos, enriqueciéndola con obras imperecederas...". (P. 12).

No tuvo ojos para mirar las nuevas formas de belleza que el modernismo trajo consigo, ni amplitud suficiente para comprender las modalidades estéticas que la evolución de la poesía había suscitado en el medio ambiente americano. Su crítica es, pues, ya lo hemos dicho, valbuenesca, de lupa, simplemente gramatical, por todo extremo negativa, como la usó Zozaya, para demostrar que con el empleo de semejante reactivo no que-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

daría indemne obra alguna de la literatura universal. Con la circunstancia agravante, para el crítico colombiano, de que prodigó más de la cuenta el sarcasmo, tocando en veces en las lindes de la grosería y la ordinariez.

Como muestra del estilo peculiar de Antonio de Valmala, a lo largo de su obra, veamos algunos fragmentos en lo que se refiere a *Anarkos*, una de las poesías capitales de Guillermo Valencia:

"Anarkos, —dice Valmala— es a nuestro juicio el colmo de la anarquía a que puede llegar el arte poético entre nosotros..." (p. 10). "Poema simbólico-churrigueresco-, canino, -minero, -bohemio-de bajo vuelo-en un canto- y en varias jornadas-con gradaciones e intermitencias-de género cursi y averiado...". Y añade: "Y si no vean ustedes la muestra:

En el umbral de la polvosa *puerta.*

Debiendo decir:

En el umbral de una polvosa puerta
o *En el umbral de polvorosa puerta...*

Porque, en toda tierra de plátanos, el artículo *la* es determinante, y como no dice el poeta cual es esa puerta, ni vuelve a hablar de ella en todo el poema, no debiera decir la puerta, sino una puerta, la cual tampoco es polvosa, sino polvorosa o polvorienta.

En el umbral de la polvosa puerta,
Sucia *la piel y el cuerpo* entumecido...

La piel podía estar sucia, pero como el perro era lanudo —lo dice el poeta más abajo— se necesitan ojos de lince para verla.

¿Y por qué estaba el cuerpo entumecido? Ya lo sabrán ustedes en seguida:

En el umbral de la polvorosa puerta,
Sucia la piel y el cuerpo entumecido,
He visto al rayo de una *luz* incierta...

¡Hombre! ¿por qué no dijo usted de la luz incierta?
Por decirlo todo al revés seguramente.

He visto al rayo de una luz incierta
Un perro melancólico dormido.

Si estaba dormido no pudo usted saber que estaba melancólico, a no ser que conozca usted la melancolía por el rabo; pero si le vio los ojos melancólicos, entonces no estaba dormido.

Yo se que lo puso usted dormido, porque le hacía falta el consonante para entumecido, pero esto tampoco es cierto, porque ¿sabe usted a qué vuelta se acuestan los perros?

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Y, ¿puede decirnos si los perros entumecidos se acuestan en la misma postura que los sanos?

Verdad es que lo vio al rayo (que te parta) digo, de una luz incierta, que no siendo cierta, no es luz; y por lo tanto lo vio a oscuras y... quién sabe si era perra!...". (Págs. 18-19).

Y por este estilo, va el crítico ensartando chocarrerías, y haciendo implacable análisis gramatical de *Anarkos*, hasta dejar el poema, con semejante método, reducido a papilla.

Con Maximiliano Grillo no gastó mayores comedimientos. Para decir que, según él, era mal poeta, comenzó, con muy mal gusto por cierto, a hacer chacota de su nombre: "En mi tierra que es muy seca, según rezan algunas geografías, se conocen dos clases de grillos: los reales, así llamados porque tienen una R. grande en la parte superior de las alas, y cantan harmónicamente (con h.); y los vulgares que pertenecen a la gleba del género y chirrían inarmónicamente (sin h.).

"El Grillo que ustedes y yo conocemos, a pesar de ser de casta imperial por lo de Maximiliano, por lo de cantar mal es de la raza de los grillos vulgares. O lo que es lo mismo, que si canta mal como grillo, como poeta lo hace todavía peor...". (Pág. 37).

Implacable en el análisis gramatical, toma, en este caso, como conejo de laboratorio, el canto *Al Magdalena*, de Grillo; lo destroza con sus habituales procedimientos valbuenescos, y acaba por aplicarle al poeta este cuento:

"Había en mi pueblo un herrero muy chusco que le dio la manía por no hacer más que machetes de monte con mangos de caracolí. Una idiosincrasia como otra cualquiera. Pero es el caso que cada día los hacía peores. En una ocasión le dijo Juancho, el vecino de enfrente:

—¡Cajcajo! Chucho, veo que loj machetej que hacej ajora no son como los de enantej.

—No seaj pendejo Juancho; eso consijte en que se va gajtando el yunque, y se afloha el martillo, y ademáj, en que no he bebío la mañana.

"Lo mismo le está pasando a Maximiliano Grillo: se puso a forjar cuartetos de machete, o versos macheteros y se le han gastado los moldes nuevos, se le afloja el martillo de la rima y no ha bebido además la mañana de la inspiración. O el vino de la poesía, cuyo uso es indispensable para hacer buenos versos...". (Pág. 51).

La síntesis del pensamiento de Valmala acerca del poeta Carlos Arturo Torres, corre en estas líneas: "Decía Boileau que ciertas obras no debían ni podían corregirse con la pluma, sino con la botella de tinta. Lo mismo puede decirse de las poesías de D. Arturo. Y más todavía de sus desgarbados sonetos, que en lo malos se parecen a los innumerables de Enrique W. Fernández, aunque los edite en *England*...". (P. 76).

De las poesías de Ismael Enrique Arciniegas dice Valmala, con farisáicos alardes, que son "de un erotismo candente, capaz de enrojecer las mejillas a los soldados de los *tercios* disueltos de Uribe Uribe...". (P.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

100). Al juzgar *Noche de Invierno*, del mismo gran poeta santandereano, le parece que en ella "palpita... el amor sensual, desenfrenado y loco, ávido de goces e ilusiones, ese amor que llevan a París los gamonales de las letras, disfrazados muchas veces de diplomáticos...". Y de *Tropical*, siente que "es realista hasta los tuétanos".

De Víctor M. Londoño expresa que "probablemente habrá estudiado con los Jesuítas, porque todavía habla de eremitas y otras mistificaciones profanas". (P. 129). Y añade: "No quiere decir esto que el Londoño *ritorna vincitor* de sus excursiones por los campos del ascetismo religioso, antes al contrario, de él pudiera decirse lo que los antiguos romanos de los pueblos conquistados: *voe victos!* Ay, *Vinctus pusillus*! Ya se conoce que no has leído las admirables vidas de San Antonio Abad, de San Hilarión, de San Pacomio, de San Simeón Estilita, aquel que estuvo haciendo penitencia 68 años sobre una columna *sicut paser solitarius in tacto*— ni la de otros Ermitaños. Por eso desbarras tanto en tu poemita chiquito, aunque subrepticiamente quieras referirte, allá en tu imaginativa trastienda, al inspirado solitario de Belén...". (P. 130). Luego, la consabida crítica gramatical, corrosiva, y este consejo, como remate:

Víctor M. de mi vida,
Te aviso, porque te quiero;
Déjate de hacer coplitas
Y métete a zapatero... (P. 143).

No menos mordaz fue con Isaías Gamboa, a quien después de someter al tormento de la lupa y las pinzas al rojo, para extirparle todos sus lunares literarios, dícele: "Estudie Don Isaías los buenos modelos; siga los caminos trillados y seguros de nuestros próceres literarios, y déjese de escarceos y nebulosidades que no sientan bien en quien, como él, tiene desamueblado el piso alto de la casa, alias la cabeza vacía, como diría la firma social improvisadora o repentista de Cástor, Pólux & Co. No olvide tampoco que el papel de Mentor decadente no pega en nuestra Colombia, donde todavía no están estragados los paladares del buen gusto estético. Ensáyelo, si gusta, en Chile, país un tantico insípido en la materia; pero hágalo en comandita con Arciniegas a quien saludo reverentemente y presento... mis recuerdos santandereanos...". (P. 155).

De Julio Flórez opina Valmala que "es al arte poético lo que Guerrita al toreo: esto es, un primer espada que no cede a nadie la alternativa. Conoce los secretos resortes de la tauromaquia poética, tiene atractivos especiales para cautivar con sus quiebros y requiebros la atención del público, ejecuta con admirable maestría el salto de la garrocha, hace verónicas inimitables, maneja con destreza la muleta —el trapo dirían los del oficio— pone banderillas con serenidad y bravura, estoquea con limpieza y a volapié, pero sin finalidad alguna artística..." (174-5). Todo, para acabar diciendo, a propósito de la obra poética de Flórez, vista en conjunto, que "en ese *maremagnum* de versos sin espíritu encontrará el paciente lector furias, trasgos y vestiglos, esfinges y momias, hadas y gnomos, endriagos y gigantes, esbirros y golillas, y por otro estilo, flores negras, sueños reídem, gitas de agenjo, más amargas que la hiel del poeta, ocasos ensangrentados, orientes de color de ceniza, amores indefinibles, en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

una palabra, toda la escala de las pasiones con su cortejo de voces enfáticas, y el carcax de todos los vicios con el tema obligado de ese

Monstruo que llaman Hastío...

el cual roe paulatinamente las entrañas del vate y le hace espiar aquel hueco negro...". (P. 175).

En el capítulo de sus *Ripios Colombianos* dedicado a Julio Flórez, dijo Valmala de su modelo, el peninsular carlista Valbuena, que para éste, la crítica es un desahogo pecaminoso, a pesar de sus protestas de fe y demás virtudes teologales. Sentencia no menos justa que verdadera, que quien la profirió bien pudo aplicársela a sí mismo. En los *Ripios* gastó sus iras en vano, estrellándose contra valores insignes de la poesía colombiana, que han sobrevivido con más brillo que su contradictor. Desde luego, en el libro, rareza bibliográfica, al lado de inaceptables desplantes verbales, hay ingenio, sal y pimienta, y derroche de ilustración clásica.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.